

Prólogo

La puerta se cerró silenciosa tras ellos, cortando la luz, la música y la alegre celebración del salón de baile. La repentina pérdida de visión y audición le hizo sentir claustrofobia. Crispó las manos sobre el estuche del instrumento que llevaba debajo de su capa.

Oyó la alegre risa de ella a su lado en la oscuridad, y la luz estalló de nuevo a su alrededor, abriendo ante él la pequeña estancia donde se hallaban ahora. No estaban solos. La tensión le hizo sobresaltar, aunque lo estaba esperando, aunque le había ocurrido ya cinco veces en aquella noche interminable, y volvería a ocurrirle varias veces más. Esta vez era en un saloncito..., en un blando diván sin armazón rígido que sobresalía por entre un bosque de oscuras patas de muebles salpicadas de oro. Se le ocurrió el irrelevante pensamiento de que había visto una mayor variedad de estilos y gustos aquella sola noche de los que probablemente hubiera visto en cuarenta años allá en Kharemough.

Pero no estaba allá en Kharemough; estaba en Carbunclo, y esta noche del Festival era la noche más extraña que llegara a pasar jamás, aunque viviera cien años. Repantigados en el diván, en semiinconsciente abandono, había un hombre y una mujer, los dos profundamente dormidos ahora a causa del vino drogado de la botella medio vacía que yacía volcada en la alfombra a su lado. Contempló la mancha púrpura que reptaba por el esculpido pelo de la alfombra, intentando no entrometerse más de lo necesario en su intimidad.

—¿Estáis segura de que esta pareja también ha... intimado?

—Completamente segura. *Absolutamente* segura. —Su compañera alzó de sus hombros la máscara de blancas plumas, revelando una masa de cabello casi tan blanco como ellas, enrollado como un nido de serpientes sobre su ansioso y joven rostro. La máscara ponía un grotesco contraste a la dulzura de aquel rostro: el curvado y amenazador pico de un ave de presa, los enormes ojos de negras pupilas de un cazador nocturno que le miraban ominosamente con la promesa de la vida y la muerte pendientes de la balanza... *No*. Cuando miró a los ojos de ella, no hubo contraste. No hubo diferencia—. Vosotros los kharemoughis sois tan farisaicos.—Se quitó la capa de plumas blancas—. Y tan hipócritas.—Rió de nuevo; su risa era a la vez lúgubre y alegre.

Él se quitó reluciente su menos elaborada máscara: una absurda criatura fantástica, medio pez, medio pura imaginación. No le gustó tener que dejar al descubierto su expresión.

Ella escrutó su rostro a la despiadada luz, con fingida inocencia.

—No me digas, doctor, que realmente no te gusta mirar.

El tragó con dificultad su indignación.

—Soy bioquímico, Vuestra Majestad, no un voyeur.

—Tonterías. —La sonrisa que era demasiado vieja para aquel rostro se formó de nuevo en su boca—. Todos los médicos sois voyeurs ¿Por qué otra razón os haríais médicos? Excepto los sádicos, por supuesto, que simplemente gozan con la sangre y el dolor.

Temeroso de responder, se limitó a avanzar junto a ella, cruzó la alfombra hasta el diván, y depositó su maletín del instrumental en el suelo. Más allá de aquellas paredes, la ciudad de Carbunclo alcanzaba el clímax de su celebración de la cíclica visita del Primer Ministro a aquel mundo con una noche de alegre abandono. Nunca había esperado verse a sí mismo pasarla con la reina de aquel planeta..., y ciertamente no pasarla haciendo lo que estaba a punto de hacer.

La mujer dormida yacía con el rostro vuelto hacia él. Vio que era joven, de mediana estatura, fuerte y sana. Su agradable rostro sonriente estaba muy bronceado por el sol y el aire bajo el enmarañado pelo color arena. El resto de su cuerpo era pálido; supuso que lo mantenía bien protegido del mordiente frío más allá de los muros de la ciudad. El hombre a su lado, juzgó, tendría unos treinta años; de pelo negro y piel clara, tanto podía ser un local como un espaciano; pero ahora eso no tenía importancia. Sus máscaras del Festival miraban con una expresión de censura en sus huecos ojos, como impotentes dioses guardianes descansando en el respaldo del diván. Restregó el hombro de la mujer con antiséptico, hizo la pequeña incisión para insertar el

rastreador debajo de su piel, haciendo primero el simple procedimiento para tranquilizarse a sí mismo. La reina permanecía de pie observándole intensamente, silenciosa ahora que él necesitaba silencio.

El ruido se concentró al otro lado de la cerrada puerta; oyó voces ligeramente estrepitosas protestando con fuerza. Se encogió como un animal cogido en una trampa, aguardando ser descubierto.

—No te preocupes, doctor. —La reina apoyó una ligera mano tranquilizadora sobre su brazo—. Los míos se encargarán de que no seamos molestados.

—¿Cómo demonios permití verme metido en esto?—más para sí mismo que para ella. Volvió a su trabajo, pero sus manos no eran firmes.

—Veinticinco años extra de juventud pueden ser muy persuasivos.

—¡Me harán mucho bien si los paso en alguna colonia penal!

—Tranquilízate, doctor. Si no terminas lo que has empezado esta noche, no ganarás tus veinticinco años extra de ningún modo. El acuerdo sigue en pie solamente mientras tenga al menos una hija clónica perfectamente normal en algún lugar entre el pueblo de Estío de este planeta.

—Conozco las condiciones.—Terminó con la pequeña incisión y la selló—. Pero espero que comprendáis que un implante clónico bajo estas circunstancias no sólo es ilegal, sino también altamente impredecible. Es un proceso difícil. Las posibilidades de producir un clon que sea siquiera una réplica razonable de la persona original no son particularmente buenas ni bajo las condiciones más controladas, de modo que...

—Entonces, cuantos más implantes realices esta noche, mejor será para los dos, ¿no es así?

—Sí, Vuestra Majestad —saboreando a medias el desagrado—. Supongo que sí. —Volvió cuidadosamente a la mujer de espaldas, y tendió de nuevo la mano hacia su maletín.

Aquí en Tiamat, donde hay más agua que tierra, el borde entre océano y cielo es impreciso; los dos se mezclan en uno. El agua es atraída hacia arriba del resplandeciente espejo del mar y cae de nuevo en irritados chubascos. Las nubes cruzan como emociones por delante de los feroces rostros rojos de los Gemelos, y se estremecen, y se deshacen en arcos iris: docenas de arcos iris cada día, hasta que la gente deja de sorprenderse por ellos. Hasta que nadie se detiene para mirar, hasta que nadie alza la vista...

—Es una vergüenza—dijo de pronto Luna, aferrando fuertemente el remo que hacía de timón.

—¿Qué? —Destellos se agachó mientras la chasqueante vela se hinchaba y la botavara giraba por encima de su cabeza. La batanga se sumergió como un pez volador—. La vergüenza es que no prestes atención. ¿Qué es lo que quieres, que nos hundamos?

Luna frunció el ceño, roto su instante de meditación.

—Oh, ahógate.

—Ya estoy medio ahogado; ése es el problema.—Hizo una mueca al agua que chapoteaba en torno a los tobillos de sus botas altas impermeables de piel de klee y agarró de nuevo el achicador. El último chaparrón había ahogado de todos modos su buen talante, pensó ella, junto con los empapados cestos de provisiones. O quizá sólo fuera el cansancio. Llevaban en el mar en aquel viaje hacia casi un mes, arrastrándose de isla en isla a lo largo de la cadena Barlovento. Y durante el último día habían estado más allá de las Barlovento, más allá de los mapas que conocían, avanzando a través de la gran extensión de océano abierto hacia tres islas que se mantenían aisladas, un refugio de la Madre Mar. Su bote era pequeño para llegar hasta tan lejos, y sólo disponían de las estrellas y de un burdo mapa de corrientes hecho con varillas entrecruzadas para orientarse. Pero eran tan hijos del Mar como hijos de las madres que los habían parido; y puesto que se hallaban en una búsqueda sagrada, Luna sabía que Ella iba a ser tolerante.

Observó a Destellos mientras la oscilante cabeza del muchacho parecía incendiarse cuando la girándula binaria del doble sol de Tiamat surgió de entre las nubes, derramando rojas llamas sobre su pelo y su rala y bisoña barba y arrojando la sombra de imprecisos bordes de su delgado y musculoso cuerpo contra el fondo del bote. Suspiró, incapaz de mantener su irritación al mirarle, y tendió tiernamente un dedo hacia un rojo y resplandeciente mechón.

—Arcos iris... Hablaba de arcos iris. Nadie los aprecia. ¿Qué ocurriría si nunca volviera a haber ningún otro arco iris? —Echó hacia atrás la capucha de su moteado impermeable de tela encerada y aflojó el lazo que la sujetaba a su garganta. Unas trenzas tan blancas como la nata se derramaron sobre su espalda. Sus ojos eran del color de la ágata musgosa y de la bruma. Alzó la vista por encima de la vela cangreja, frunciendo los ojos mientras buscaba por entre las amontonadas nubes en busca de las arqueadas franjas de fracturada luz, casi invisibles aquí, brillando intensamente allí hasta que sus estandartes se doblaban y triplicaban.

Destellos echó otra concha llena de agua por la borda, devolviéndola a su hogar, antes de alzar la cabeza para seguir la mirada de ella. Aun sin su bronceado de sol, su piel era oscura para un isleño. Pero cejas y pestañas eran tan pálidas como las de ella cuando se frunció contra el resplandor, sobre unos ojos que cambiaban de color como el mar.

—Oh, vamos. Siempre habrá arcos iris, muchacha. Mientras existan los Gemelos y la lluvia. Es un simple caso de difracción; te mostré...

Ella le odiaba cuando hablaba tec..., odiaba la irreflexiva arrogancia que asomaba a su voz.

—Ya lo sé. No soy estúpida. —Tiró secamente del cobrizo mechón.

—¡Ay!

—Pero sigo prefiriendo cuando Abuela nos cuenta que fue la promesa de plenitud de la Señora, en vez de oír toda la historia convertirse en algo sin sentido. Y así tendrías que hacer tú también. ¿Por qué no lo haces, mi niño de las estrellas? ¡Admítelo!

—¡No!—Apartó la mano de ella de un golpe; la furia bañaba su rostro—. ¡No te burles de esto, maldita sea!—Se volvió de espaldas a ella, arrojando furiosamente agua. Luna imaginó sus nudillos poniéndose blancos sobre las corroídas cruces encerradas en un círculo: el símbolo que su padre espaciano había dado a su madre en el último Festival—. ¡Madre de Todos Nosotros!

Eso era lo que se interponía entre ellos como la hoja de un cuchillo..., su consciencia de que él poseía una herencia que no compartía con ella, ni con nadie que conocieran. Ambos eran estivales, y su gente raras veces tenía contactos con los invernales, que amaban la tecnología y se unían con los espacianos..., excepto en los Festivales, cuando los que buscaban aventuras y alegría acudían desde todas partes de aquel mundo a Carbunclo; cuando se cubrían los rostros con máscaras y echaban a un lado sus diferencias, para celebrar la cíclica visita del Primer Ministro y una tradición que era mucho más antigua aún que eso.

Sus dos madres, que eran hermanas, habían acudido al último Festival a Carbunclo, y habían regresado a Neith llevando consigo, como su madre le había contado. “la memoria viva de una noche mágica”. Ella y Destellos habían nacido el mismo día; la madre de él había muerto al dar a luz. Su abuela los había criado a los dos mientras la madre de Luna estaba en el mar con la flota de pesca. Habían crecido juntos..., como gemelos, pensaba a menudo ella: unos gemelos extraños y espurios que crecían bajo la vagamente inquieta mirada de los impasibles isleños provincianos. Pero siempre había habido una parte de Destellos que había permanecido cerrada para ella, que no podía compartir: la parte de él que oía el susurro de las estrellas. Negociaba subrepticamente con los traficantes de paso para conseguir chucherías mecánicas de otros mundos, se pasaba días desmontándolas y volviendo a montarlas, para arrojarlas finalmente al mar en un acceso de irritación consigo mismo, junto con efigies propiciatorias hechas de hojas.

Luna mantenía los secretos tecnológicos de Destellos ocultos de Abuela y del mundo, agradecida de que al menos los compartiera con ella, pero alimentando a la vez un secreto resentimiento. Por todo lo que sabía, su propio padre podía haber sido un invernal o incluso un espaciano, pero ella se contentaba con construirse un futuro que encajara bajo su propio cielo. A causa de ello le resultaba difícil ser paciente con Destellos, que no se conformaba, que se hallaba atrapado en el inmenso espacio entre la herencia en la que vivía y la que veía a la luz de las estrellas.

—Oh, Destellos.—Se inclinó hacia delante, apoyó una fría mano en su hombro, y masajeó los anudados músculos a través del espesor de la tela encerada—. No me estoy burlando. No pretendía hacerlo; lo siento.—Pensando: *Preferiría no tener padre que vivir con una sombra toda mi vida*—. No te entristezcas. ¡Mira ahí!—Centelleos azules danzaban sobre el océano más allá de los destellos rojos que brillaban en el pelo de él. Una pequeña bandada de peces voladores apareció sobre las olas y flotó por encima de las agitaciones de Madre Mar, y ahora vio claramente la isla, a sotavento, la mayor de las tres. Un serpentino encaje señalaba el distante encuentro de mar y orilla—. ¡El lugar de elección! ¡Y mira, mers! —Envió un beso, en maravillada reverencia.

Unos largos, sinuosos y moteados cuellos rompían la superficie del agua delante y alrededor de ellos; ojos color ébano los estudiaron con inescrutable conocimiento. Los mers eran los hijos del Mar, y la suerte para un marino. Su presencia sólo podía significar que la Señora estaba sonriendo.

Destellos la miró, sonriendo repentinamente también, y sujetó su mano.

—Nos conducen hasta allí... Ella sabe por qué hemos venido. Y hemos venido realmente, vamos a ser elegidos al fin. —Extrajo la espiralada flauta de concha del bolsillo de su cadera y desgranó un alegre entrelazado de notas. Las cabezas de los mers empezaron a agitarse al compás de la música, y sus propios silbidos y cantos, casi sobrenaturales, se le unieron en contrapunto. Las viejas historias decían que se lamentaban de una terrible pérdida y de un terrible error; pero no había dos historias que coincidieran respecto a cuáles habían sido esa pérdida y ese error.

Luna escuchó su música, sin hallarla en absoluto triste. De pronto sintió que tenía la garganta demasiado oprimida para cantar: vio en su mente otra orilla, hacía media vida, donde dos niños habían recogido un sueño tendido como una rara y enroscada concha en la arena a los pies de una desconocida. Siguió su memoria hacia atrás a través del tiempo...

Luna y Destellos corrían descalzos junto a las ásperas paredes por entre los someros corrales del puerto, con la red colgando entre ellos como una hamaca, de delgado hombro a delgado hombro. Sus diestros y encallecidos pies chapoteaban por entre los caminos de adoquines, inmunes a los arañazos y a la helada agua. Los klee de los corrales, en general tan indolentes como piedras en el fondo cubierto de vegetación, se asomaban con desmañada prisa para observar el paso de los niños. Arrojabán su chorro de agua y gruñían hambrientos; pero la red estaba vacía, su carga de algas secas había sido arrojada ya a los corrales de la familia para la comida del mediodía.

—¡Apresúrate, Destellos!—Luna, a la cabeza como de costumbre, mantenía la red tensa entre los dos, tirando de su primo, más bajo, como si fuera una reluciente carga de pescado. Echó hacia atrás el blanco mechón de su flequillo, apartándolo de su rostro, con los ojos fijos en el profundo canal que conducía directamente a la orilla, más allá de los cercados de los peces. Las altas puntas de las hendidas velas, todo lo que podía ver desde allí de la flota pesquera, avanzaban ya hacia tierra—. ¡Nunca llegaremos a los muelles primero! —Tiró más fuerte, llena de frustración.

—Me estoy *apresurando*, Luna. ¡También es casi como si regresara *mi* madre!— Destellos halló un impulso de velocidad extra; ella se dio cuenta de que casi la alcanzaba, le oyó jadear—. ¿Crees que Abuela habrá hecho pastelillos de miel?

—¡Por supuesto!—Dio un salto, casi estuvo a punto de caer—. La vi sacar el bote.

Corrieron, bailando por entre las piedras hacia la resplandeciente playa inundada por la luz del mediodía y el poblado más allá. Luna imaginó el curtido y sonriente rostro de su madre como lo habían visto la última vez, hacía tres meses: gruesas trenzas color arena recogidas sobre su cabeza, ocultas bajo un oscuro gorro de punto; el grueso jersey de cuello alto, el impermeable y las pesadas botas que la hacían indistinguible de su tripulación mientras les lanzaba el último beso, al tiempo que el barco de pesca de doble casco se encaminaba hacia los vientos del amanecer.

Pero hoy volvía a casa. Juntos irían al local de reuniones del poblado con las otras familias pescadoras, para celebrar el regreso y bailar. Y luego, ya muy entrada la noche, ella se acurrucaría en el regazo de su madre (aunque ya empezaba a ser demasiado mayor para acurrucarse en el regazo de su madre), fuertemente abrazada por los robustos brazos; mirando a Destellos a través de sus pesados párpados para ver si él se dormía primero, en brazos de Abuela. Habría el cálido sisear y chisporrotear de las llamas en la chimenea, el olor del mar y los barcos enredado aún en el pelo de su madre, el hipnótico fluir de voces mientras Abuela daba las gracias por la vuelta de su propia hija del Mar, que era la Madre de todos ellos.

Luna bajó de un salto a la blanda y dorada arena de la playa. Destellos saltó de la pared tras ella, y sus sombras se enredaron en el resplandor del mediodía. Con los ojos fijos en las apiñadas casas de piedra del poblado y los barcos que arriaban velas en la ensenada, casi pasó como una flecha al lado de una desconocida que permanecía de pie aguardando, contemplando, mientras se acercaban. Casi...

Destellos chocó contra Luna cuando ésta se detuvo en seco.

—¡Mira lo que haces, cerebro de pescado!—Una nube de arena estalló en torno a sus tobillos.

Ella lo rodeó con sus brazos para guardar el equilibrio, exprimió la excitación fuera de él mientras su propia sorpresa hacía que apretara aún más los brazos. Destellos se liberó y asentó los pies; la red cayó al suelo, olvidada, como el poblado, la ensenada, su reunión. Luna tiró del dobladillo de su suéter hecho en casa, anudando sus dedos en el pesado hilo color rojo óxido.

La mujer les sonrió, el radiante óvalo de su rostro irritado por el viento sobre su antigua parka gris, los gruesos pantalones y las voluminosas botas gastados para cualquier isleño. Pero no era de Neith, ni siquiera de ninguna isla...

—¿Has... has salido del Mar? —jadeó Luna. Destellos, tras ella permanecía con la boca abierta.

La mujer se echó a reír; su risa rompió el encanto que la rodeaba como se rompería el cristal de una ventana.

—No..., sólo lo he cruzado. En un barco.

—¿Por qué? ¿Quién eres?—Las preguntas brotaron juntas.

Y en respuesta a ambas, la mujer tendió el medallón que llevaba colgando de una cadena; un trébol barbado como un ramillete de anzuelos de pesca, resplandeciendo con la oscura y siniestra belleza del ojo de un reptil.

—¿Sabéis qué es esto? —Se arrodilló sobre una rodilla en la arena, y sus negras trenzas cayeron hacia delante. Los dos niños avanzaron unos pasos, parpadeando.

—¿Sibila...?—murmuró tímidamente Luna, al tiempo que con el rabillo del ojo veía a Destellos aferrar su propia medalla. Pero luego su mirada fue toda para la mujer, y supo por qué los oscuros y apremiantes ojos parecían tan abiertos al infinito. Una sibila era el canal terrestre hacia la sabiduría sobrenatural, elegida a través del juicio de la propia Señora, que por temperamento y adiestramiento tenía la fuerza necesaria para soportar una visita sagrada.

La mujer asintió.

—Soy Clavally Piedrazul Estival.—Se llevó las manos a la frente—. Preguntad, y yo responderé.

No preguntaron, asombrados por el conocimiento de que ella respondería —podía responder—cualquier pregunta que ellos pudieran imaginar, o que la propia Señora les respondería a través de los labios de Clavally, mientras la sibila se sumía en trance.

—¿Ninguna pregunta? —La formalidad cayó de nuevo, mantenida a raya por su benevolente humor—. Entonces decidme quiénes sois, que ya sabéis todo lo que necesitáis saber.

—Soy Luna —dijo Luna, tirando de su flequillo—. Luna Caminante en el Alba Estival. Éste es mi primo, Destellos Caminante en el Alba Estival..., ¡y no sé lo suficiente como para preguntar acerca de nada!—terminó con tono miserable.

—Yo sí.—Destellos avanzó unos pasos, mostrando su medalla—. ¿Qué es esto?

—*Input...*—Clavally cogió la medalla entre sus dedos, frunció un poco el ceño, murmuró algo. Sus ojos se volvieron cuarzo humoso, se agitaron locamente, como los de un soñador; su mano se convirtió en un puño sobre el disco—. El signo de la Hegemonía..., dos cruces enmarcadas en un círculo simbolizan la unidad de Kharemough y sus siete mundos subordinados..., medalla entregada como recompensa por valiosos servicios, levantamiento de Kispah: “Lo que todos anhelan, éste lo ha hallado. A nuestro amado hijo Temmon Ashwini Sirius, en el día de hoy, 9:113:07.” Sandhi, idioma oficial de Kharemough y la Hegemonía... *No más análisis.* — Su cabeza se inclinó hacia delante, como si una fuerza invisible la hubiera dejado caer. Vaciló suavemente sobre sus rodillas, suspiró, se sentó sobre sus talones—. Bien.

—¿Pero qué *significa*? —Destellos bajó la mirada hacia el disco que oscilaba sobre la parte delantera de su parka, y su boca formó una línea de incertidumbre.

Clavally agitó la cabeza.

—No lo sé. La Señora sólo habla a través de mí, no a mí. Eso es la Transferencia..., así es como funciona.

La boca de Destellos tembló.

—La Hegemonía—dijo rápidamente Luna—. ¿Qué es la Hegemonía, Clavally?

—¡Los espacianos! —Los ojos de Clavally se abrieron un poco más de lo normal—. La Hegemonía es como ellos se llaman. Así que es también una cosa espaciana... Nunca he estado en Carbuncló. —Su mirada se clavó de nuevo en el medallón—. ¿Cómo lo conseguiste, tan lejos del astropuerto y de los invernales?—Y de nuevo en sus rostros—. Sois biendeseados, ¿verdad? Vuestras madres fueron juntas al último Festival, y tuvieron la suerte de volver con vosotros..., ¿y también con este recuerdo?

Destellos asintió, tan maravillado por aquella lógica adulta como lo estaba por los trances de la Señora.

—Entonces..., ¿mi padre no es un estival, ni siquiera está en Tiamat?

—Eso es algo que no puedo decirte —Clavally se puso en pie. Luna vio una extraña preocupación crecer en su rostro mientras miraba a Destellos—. Pero sé que los biendeseados son especialmente bendecidos. ¿Sabéis por qué estoy aquí?

Agitaron negativamente sus cabezas, al unísono.

—¿Sabéis lo que queréis ser cuando seáis mayores?

—Estar juntos —respondió Luna sin pensar.

De nuevo la alegre risa.

—¡Bien! Estoy efectuando este viaje a través de Barlovento para animar a todos los jóvenes estivales, antes de que se establezcan en la vida, a recordar que pueden dedicarse al Mar de otra forma distinta que como pescadores o granjeros. Pueden servir a la Señora sirviendo a sus semejantes como sibilas y sibilos, como yo. Algunos de nosotros hemos nacido con una necesidad especial dentro de nosotros, que sólo aguarda a que la Señora nos toque para desarrollarse. Cuando seáis más mayores, quizá los dos oigáis Su llamada y vayáis a un lugar de elección.

—Oh. —Luna se estremeció ligeramente—. ¡Creo que La oigo ahora!—Apretó sus frías manos contra su desbocado corazón, donde brotaba la semilla de un sueño.

—¡Yo también, yo también! —exclamó ansiosamente Destellos—. ¿Podemos ir ahora, podemos ir contigo, Clavally?

Clavally se echó hacia delante la capucha de su parka para protegerse de una repentina ráfaga de viento.

—No, todavía no. Aguardad un poco; hasta que estéis seguros de lo que oís.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Un mes?

La mujer apoyó las manos en los dos pequeños hombros.

—Más bien años, creo.

—¡Años! —protestó Luna.

—Por entonces estaréis seguros de que lo que oís no son sólo los gritos de las aves marinas. Pero, recordadlo siempre, al final no seréis vosotros quienes elijáis a la Señora, sino la Señora quien os elegirá a vosotros. —Miró de nuevo, casi significativamente, a Destellos.

—De acuerdo. —Luna se preguntó acerca de aquella mirada, y envaró resueltamente los hombros bajo aquella mano—. Aguardaremos. Y recordaremos.

—Y ahora..—la sibila dejó caer sus manos—, creo que hay alguien que os está esperando.

El tiempo empezó a fluir de nuevo hacia delante, y se marcharon corriendo —con muchas miradas hacia atrás— en dirección al poblado.

—Luna, ¿recuerdas lo último que nos dijo?—La plateada cascada de notas se disolvió cuando Destellos bajó la flauta y miró hacia atrás, penetrando en los recuerdos de Luna. Los mers interrumpieron también su canción y miraron hacia el bote.

—¿Clavally?—Luna guió el timón para rodear la punta de tierra que cerraba la boca de la bahía. La orilla de la Isla de la Elección era tan puntiaguda como el trébol que llevaban las sibilas—. ¿Quieres decir que mi madre nos estaba aguardando?

—No. Que es la Señora quien nos elige, no al revés.—Destellos miró hacia la línea de rompientes, hizo que sus ojos regresaran al rostro de ella—. Quiero decir..., ¿qué ocurrirá si Ella sólo elige a uno de nosotros? ¿Qué haremos entonces?

—¡Nos elegirá a los dos! —Luna sonrió—. ¿Cómo podría hacer otra cosa? Somos biendeseados..., somos afortunados.

—¿Pero y si no lo hace?—Pasó un dedo por la acumulación de musgo allá donde se unían las dos mitades del casco de madera. *Inseparables*, frunció ligeramente el ceño—. Nadie *hace* que te conviertas en una sibila, ¿no?; simplemente pasas la prueba. Podemos jurarnos el uno al otro que, si sólo es elegido uno, ése renunciará. En bien del otro.

—En bien de los dos —asintió Luna. Pero Ella nos elegirá a ambos. Nunca había dudado, desde aquel momento hacía años, que ella acudiría a aquel lugar y oiría a la Señora llamarla. Había sido el más profundo deseo de su corazón durante la mitad de su vida; y estaba segura de que Destellos siempre lo había compartido, sin dejar que sus imposibles sueños estelares lo apartaran de su meta común.

Adelantó un brazo y Destellos lo tomó melancólicamente; se dieron un apretón, con las manos sujetando las muñecas. El apretón se convirtió en un abrazo antes de que ella se diera cuenta, y las dudas de su corazón llamearon y se esfumaron como la niebla matutina.

—Destellos, te quiero..., más que a ninguna otra cosa bajo el cielo. —Le besó, notando la sal en sus labios—. Dejemos que la Madre Mar sea testigo de que tú eres el dueño de mi corazón, sólo tú, ahora y siempre.

Él repitió las palabras, clara y orgullosamente, y juntos bebieron agua del mar del cuenco de sus manos para completar el juramento.

—¡Nadie podrá decir que todavía somos demasiado jóvenes para hacer juramentos después de este viaje!—Se habían jurado su amor por primera vez cuando apenas eran lo bastante mayores para recitar las palabras, y todo el mundo se había echado a reír. Pero desde entonces habían mantenido su juramento el uno con el otro; y a lo largo de los años lo habían compartido todo, incluida la vacilante, la anhelante inevitabilidad del contacto de sus labios, y de sus manos, y de su carne...

Luna recordaba una oculta hendidura entre las rocas sobre una ensenada a sotavento; cálidas y callosas manos de piedra abrazando sus temblorosos cuerpos mientras permanecían tendidos juntos, amándose bajo la brillante luna, y la marea susurraba muy abajo en la playa. Ahora, como entonces, pudo sentir la fuerza de la necesidad que los mantenía unidos: el calor que creaba entre los dos y que mantenía a raya la fría soledad de su mundo. La unión de las almas que les abrumaba en el momento final..., la altura, la totalidad, que ninguna otra cosa en el mundo era capaz de darles. Juntos entrarían en aquella nueva vida, y al final pertenecerían tan completamente a su mundo como se pertenecían el uno al otro... Los labios de Destellos rozaron su oreja; se inclinó hacia delante y lo abrazó de nuevo. El bote puso proa a la orilla, sin nadie que lo dirigiera.

—¿Ves algo?

Destellos comprobó el bote una última vez, firmemente varado entre conchas y restos arrojados por las tormentas, más allá de la línea de la marea alta. El tótem familiar tallado en su proa le miraba con tres fijos ojos pintados. La marea seguía menguando, pero ya había dejado expuesta la suficiente arena empapada como para que arrastrar la canoa playa arriba les hubiera dejado sin aliento. Uno de los mers había salido a la orilla con ellos, y les había permitido que acariciaran su húmedo, suave y moteado pelaje con tímidas manos. Nunca antes había estado tan cerca de ninguno de ellos como para poder tocarlo; eran tan grandes como él, y con dos veces su peso.

—Todavía no..., ¡hey, aquí!—La voz de Luna llegó hasta él junto con el frenético agitar de su mano. Había seguido el torpe caminar del mer mientras el animal avanzaba playa arriba—. Aquí, junto al arroyo: un camino. ¡Debe ser el que mencionó Abuela!

Echó a andar, cruzando la pendiente llena de restos de la playa, hacia la desembocadura de la corriente de agua, sintiendo el crujir de las conchas bajo sus pies. El arroyo había dejado una amplia franja de limo rojo en medio del ocre, interrumpida por canales de fluyente agua de un verde musgoso. Luna se detuvo donde el arroyo abandonaba la orilla para ascender hacia las montañas.

—¿Seguimos arroyo arriba?—preguntó Destellos,

Ella asintió, siguiendo con la vista la empinada ascensión de la tierra envuelta en una capa verdeazulada. Allá a lo lejos, desnudos picos de cruda piedra roja se alzaban aún más altos. Aquellas islas eran nuevas en la inconmensurable escala del tiempo del Mar; sus espinas aún se clavaban en el cielo, no limadas por la edad.

—Parece que vamos a tener que trepar.—Destellos se metió las manos en los bolsillos, inseguro.

—Sí.—Luna contempló al mer regresar a la playa. Le hormigueaba la mano con el recuerdo del contacto con su denso pelaje—. Hoy bailaremos en los obenques. —Miró hacia él, muy consciente de pronto de lo que significaba su presencia allí—. Bien, vamos —casi impaciente—. El primer paso es el más difícil. —Echaron a andar, juntos.

Pero era un paso que ya había sido dado antes, pensó Luna mientras iniciaban la ascensión..., *¿cuántas veces?* Halló la respuesta grabada en las laderas de las colinas, donde el paso de muchos pies había desgastado la porosa piedra pómez volcánica, hasta el punto de que en algunos lugares caminaban por un angosto sendero erosionado hasta la altura de sus rodillas. *¿Y cuántos han subido sólo para ser rechazados?* Luna pensó una rápida plegaria y bajó la vista, mientras el sendero se convertía en un estrecho reborde, que avanzaba profundo hasta los tobillos por encima de un cañón de helechos perennes e impenetrables matorrales. El día se hizo

completamente silencioso cuando murió el viento; no habían visto ninguna cosa viva más grande que un escarabajo. En una ocasión, quizás, el distante chillido de un pájaro... El arroyo les parpadeaba entre la cobertura vegetal decenas de metros más abajo, y a su izquierda la pared forrada de verde se alzaba otras decenas hacia el cielo. Aunque estaba acostumbrada a andar precariamente por los estrechos senderos entre los cercados de los peces, estos contrastes la hacían sentirse mareada.

Destellos se agarraba a los arbustos más cercanos, arañándose el rostro.

—Esto no es para débiles de corazón—murmuró, sin pretender decirlo en voz alta.

—Probablemente así debe ser—respondió ella, y se secó el rostro con una manga.

—¿Quieres decir que quizás esto sea la prueba?

Pasaron precariamente junto a un trozo derrumbado de la erosionada pared.

—¡Señora!—Medio maldición, medio plegaria—. ¡Eso es ya suficiente para mí!

—¿Hasta dónde llega esto? ¿Y si se hace de noche?

—Tenía entendido que dijiste que Abuelo hizo este camino, cuando era joven. Creí que lo *sabías*.

Luna tragó saliva.

—Abuelo me contó que al final abandonó y volvió sobre sus pasos. Nunca llegó a encontrar la cueva.

—¡Ahora me lo dices! —Pero se echó a reír—. De todos modos, no es como pensé que sería.

El arroyo se curvaba sobre sí mismo, y más allá del siguiente recodo de la pared el reborde se ensanchó y el sendero se ensanchó con él. Allá, en aquel valle interior separado de los vientos marinos, el calor del sol creaba ecos y más ecos en la recalentada piedra. Luna se quitó la pesada parka mientras caminaba; Destellos ya llevaba la suya anudada en torno a los hombros. La brisa presionó la empapada blusa de lino contra el pecho de la muchacha. Se sacó los faldones de debajo del cinturón, se rascó y suspiró.

—Tengo calor, ¿sabes? ¡Tengo realmente calor! ¿Qué hace la gente cuando tiene demasiado calor? Siempre puedes ponerte más ropa, pero sólo puedes quitarte la que llevas puesta.—Soltó el pellejo de agua de su cinturón y bebió. En algún lugar allá delante oyó un sonido apremiante, pero sólo pensó en grasa chisporroteando en una sartén.

—Probablemente no vamos a tener que preocuparnos por ello —se encogió de hombros Destellos, con bienhumorada sensatez—. Todavía falta mucho para que llegue el verano. Probablemente estemos muertos antes de que haga tanto calor. —Resbaló; cayó sobre una rodilla con un gruñido—. Quizás mucho antes.

—Curioso. —Le ayudó a levantarse de nuevo; sus propios pies eran tan torpes como piedras—. Ya se puede ver la Estrella de Estío. La vi a través de mis dedos hace unos días... Oh—susurró. Se frotó el picor de su rostro con el dorso de la mano.

—Sí.—Destellos se reclinó contra la curvada pared. Más allá de la última revuelta del sendero, el sonido se convertía en un rugir de agua derramándose por un precipicio, golpeada por las rocas, un plateado sacrificio cayendo eternamente hacia su muerte. Y allá terminaba el sendero.

Se detuvieron, sin respiración y confusos, en medio de la cacofonía de sonido y espuma en suspensión de la caída de agua.

—Sabemos que éste es el sendero correcto. ¿Y ahora qué?

—¡Aquí!—Luna se agachó y miró más allá del borde al lado de la cortina de agua, con sueltos mechones de pelo cayendo hacia delante en chorreantes dedos—. Hay asideros en la roca.—Se puso de nuevo en pie y se echó el pelo hacia atrás—. De pronto, esto no es... —Agitó la cabeza, y sus palabras se perdieron mientras volvía la vista hacia él y contemplaba la furia en su rostro.

—¿Qué es, entonces?—gritó Destellos valle abajo, en dirección al mar—. ¿Qué otra prueba quieres? ¿Tenemos que suicidarnos?

—¡No!—Luna tiró de su brazo, sintiendo que su decisión chirriaba como arena contra su cansancio—. Ella quiere que estemos seguros. Y lo estamos.—Se inclinó de nuevo, se quitó las botas, y pasó un pie por encima del borde.

Empezó a descender, dejando que la espuma y el rugido llenaran sus sentidos, demolieran su miedo. Vio a Destellos iniciar el descenso por encima de ella; se dijo

que incontables personas habían bajado por allí antes que ella, a lo largo de incontables años... (sus pies resbalaban sobre la húmeda roca)..., ella lo conseguiría también... (¡otro paso!, sus dedos se aferraron a un reborde de piedra)..., aquel empapado descenso no era muy distinto de los aparejos de un barco, por los que había subido y bajado sin pensar incontables veces... (y una vez más)..., siempre confiando en la Madre Mar para situar pies y manos en lugar seguro... (sintió calambres en los dedos; se mordió el labio)... Se concentró en sus creencias, en la Señora, en ella misma; porque sólo si dudaba de algo de aquello podía... (su pie golpeó la resbaladiza pared, sin encontrar ningún hueco, ningún escalón, ningún...)

—¡Destellos! —Su voz sonó aguda—. ¡Esto simplemente termina aquí!

—¡...reborde...!—Oyó la palabra, distorsionada por el rugir del agua y su propio terror; se aferró a ella desesperadamente, mientras se apretaba contra la cara del risco—. ¡A la derecha! —Pateó hacia la derecha, abrió los ojos cuando su pie encontró el reborde de piedra. Parpadeó fuertemente, lo vio desaparecer detrás de la cascada de agua. Se inclinó hacia allá, se empujó con un rápido giro de su cuerpo hacia la hendidura. Destellos llegó tras ella; tendió la mano para ayudarle a cruzar el último tramo.

—Gracias —dijo él. Se agitó, agitó sus entumecidas manos.

—Gracias a ti —respondió ella. Inspiró profundamente. Avanzaron juntos hacia el interior de la hendidura, dándose cuenta, mientras sus ojos se adaptaban a la moteada luz verdosa, de que penetraba por el costado del valle—. Esto es..., ¡esto tiene que ser! Estamos aquí, en el lugar de elección...

Se inclinaron de nuevo, tendiendo instintivamente las manos el uno hacia el otro. Contuvieron la respiración, aguardando. Nada les llamó excepto la voz de la cascada. Nada les tocó excepto las diminutas gotas de agua a la deriva.

—Vamos —dijo Destellos, tirando de ella—, entremos más.

La hendidura se sumía en las sombras muy arriba sobre sus cabezas, haciendo que Luna pensara en dos manos unidas rezando, mientras seguían el serpentino pozo en la cara de roca. Destellos tropezó de pronto con un brusco recodo.

—Sabía que hubiéramos debido traer una vela.

—No está oscuro.—Luna le miró sorprendida—. Es extraño cómo la luz sigue siendo verdosa...

—¿De qué estás hablando? Es como estar enterrado vivo..., ¡ni siquiera puedo verte!

—Oh, vamos.—La intranquilidad empezó a agitarse en ella—. No está tan oscuro..., sólo abre los ojos. ¡Oh, vamos, Destellos!—Tiró de su brazo—. ¿No lo notas? Es como música...

—No. Este lugar me produce escalofríos.

—Oh, vamos.—Tiró más fuerte de él, de pronto tensa.

—No..., espera. —Dio unos cuantos pasos, luego unos cuantos más.

Ahora la música la llenaba, centrada en su cabeza y dispersándose por todo su cuerpo como el ritmo de su sangre. La tocaba como seda, con el sabor de la ambrosía y la verde luz del mar—. ¿No lo sientes?

—Luna—gruñó Destellos mientras tropezaba con otra pared en la oscuridad—. ¡Luna, detente! Esto no es bueno. No puedo ver nada, no puedo oír nada... Estoy... cayendo, Luna.—Su voz tembló.

—¡No, no es cierto! No puedes. —Se volvió, distraída, hacia la verdad en los ojos de él, desenfocados como los de un ciego, hacia la confusión en su rostro—. Oh, no puedes...

—No puedo respirar, es como brea. Tenemos que volver, antes de que sea demasiado tarde. —Su mano se crispó sobre la muñeca de ella, tirando de su cuerpo hacia él, alejándola de la música y de la luz.

—No. —La mano libre de Luna se cerró sobre la de Destellos intentó soltar su presa—. Vuelve sin mí.

—¡Luna, lo prometiste! Prometimos... Tienes que volver.

—¡No lo haré!—Se soltó de un tirón, le vio retroceder tambaleante, sorprendido y dolido—. Destellos, lo siento...

—Luna. . .

—Lo siento...—Se apartó de él, en brazos de la música—. ¡Tengo que hacerlo! No puedo detenerme ahora, no puedo impedirlo..., es demasiado hermoso. ¡Ven conmigo! ¡Inténtalo, por favor; inténtalo! —apartándose más y más de él.

—Lo prometiste. ¡Vuelve, Luna!

Ella se volvió y echó a correr, su voz ahogada por la canción del deseo de su roto corazón.

Corrió hasta que la hendidura se abrió de nuevo, desembocando en un lugar innatural iluminado por la perfectamente ordinaria llama de una lámpara de aceite. Se frotó los ojos ante el súbito resplandor dorado, como si acabara de salir de la oscuridad. Cuando pudo ver de nuevo, cuando la resplandeciente canción se alejó y la soltó no se sorprendió de hallar a Clavally aguardando allí, junto con un desconocido... Clavally, cuya sonrisa nunca había podido olvidar a lo largo de los años, que no podría olvidar en toda una vida.

—Tú eres... ¡Luna! ¡Así que viniste!

—Lo recordé—asintió ella, radiante con la alegría de los elegidos, secándose las lágrimas de un manotazo.

